

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2973

REVISTA PEDAGÓGICA

ESTADOS UNIDOS

John Dewey y la Escuela norteamericana (1).—*Origen de las Escuelas Nuevas.*—

Desde que Jean Jacques Rousseau publicó, en 1762, su fervoroso y revolucionario «Emilio», en que abogaba por una educación fundada en el conocimiento del niño, no han cesado los esfuerzos para llevar a la Escuela formalista y tradicional un soplo de realidad, de vida, de comprensión del alma infantil, de la naturaleza y de la sociedad.

Nos es más o menos familiar la obra realizada en Europa, bajo la inspiración directa o indirecta de Rousseau, por Pestalozzi, Froebel, Basedow, Herbart, Demoullins y tantos otros; pero son más vagas nuestras noticias de la cruzada norteamericana para establecer la *Escuela Nueva*, donde encuentren suelo propio y adecuada expresión práctica las teorías educacionales de mayor fundamento científico.

John Dewey.—Por este motivo queremos presentar, en breve sumario, las líneas esenciales de la obra de John Dewey (1859), el más representativo de los pedagogos contemporáneos de los Estados Unidos, y el que con más éxito, en la teoría y en la práctica, ha formulado las orientaciones de la educación, que favorece el desarrollo de la personalidad y tiende a dar segura base para la vida y arraigo de la democracia.

Dewey fué director de la Escuela de

Educación de la Universidad de Chicago, y en la Escuela Elemental anexa a esta Universidad inició, en 1898, un feliz ensayo de sus doctrinas pedagógicas.

Desempeña actualmente la Cátedra de Filosofía en la Universidad de Columbia, en New York. Sus publicaciones son numerosas, y de ellas tres se han traducido al castellano: *La Escuela y la Sociedad*; *Las Escuelas de mañana y la psicología del pensamiento*. Es famosa su obra *Education and Democracy*.

Pocos libros hemos leído tan claros, convincentes e inspiradores como *La Escuela y la Sociedad*, y deploramos vernos obligados a extraer de él sus principales conceptos, cuando creemos que cada página merece ser leída, releída y comentada una y otra vez. Nos han sido útiles también las obras citadas, como su *Credo Pedagógico*, en la confección de este artículo.

Dos aspectos de la educación.—Para Dewey, la idea primaria de la educación es que su proceso tiene dos aspectos: uno psicológico y otro sociológico. Para que la educación sea eficiente, debe tender al continuo crecimiento de las capacidades del niño, y, por consiguiente, el punto de partida lo constituye el estudio de sus instintos, intereses, actividades. En verdad, la introducción de la psicología en la preparación de los Profesores no es una cosa nueva; pero la verdad es también que la psicología especial del niño y del adolescente no ha logrado penetrar por completo ni en la elaboración de los programas y métodos, ni en la concepción de la disciplina escolar. Es, pues, necesario insistir en que la educación, si no ha

(1) Este trabajo ha sido publicado por M. Salas Marchán en la «Revista de Educación Nacional», de Chile.

de ser arbitraria ni originar inútiles ficciones, debe empezar con el conocimiento y respeto de la personalidad del niño, y amoldar a ella los medios que han de adiestrarle en el uso de su cuerpo y de su espíritu en el buen gobierno de sí mismo.

La educación corriente es individualista; lo es por la vida escolar, tanto por el sistema de lecciones verbalistas como por la disciplina autoritaria, que son cuestiones privativas entre el Profesor y cada alumno de su clase; lo es por su resolución de ignorar el medio que rodea la Escuela y permanecer ajeno a las cambiantes condiciones de la vida moderna, a pesar de sus bruscas transformaciones de carácter económico y de sus apremiantes solicitaciones para que la Escuela se dé por notificada y evolucione. Esto es un daño incalculable. «La trágica debilidad de la Escuela nace de la circunstancia de que, pretendiendo formar los futuros miembros del orden social, le faltan las condiciones del espíritu social de un modo lamentable». La Escuela debe sociabilizarse, enseñar la cooperación; debe tomar conocimiento del estado presente de la civilización y capacitar al niño, por medio del ejercicio de actividades pertenecientes a la vida real, para incorporarse, con seguridad de éxito, en la sociedad que ha de recibirlo como miembro y saber aprovechar el capital de civilización transmitido por las pasadas generaciones.

La Escuela.—La Escuela es una institución social que debe reemplazar al hogar antiguo, centro de actividad industrial. Ya que la gran industria ha arrebatado al hogar las ocupaciones que unían en un haz a los padres y a los hijos, la Escuela debe proporcionar tareas o trabajo con responsabilidades bien determinadas, y que pongan al niño en relación con las realidades físicas de la vida. Si se lleva a la Escuela la actividad común y productiva, llega a ser lo que debe ser: «una comunidad en miniatura», y desaparece una de las principales causas de su fracaso: ser un lugar aparte y extraño, en que se aprenden lecciones en abstracto, desconectadas de la realidad y que se supone serán provechosas en un futuro lejano.

La Escuela moderna tiene como pre-ocupación básica enseñar al niño a *vivir su vida de hoy*, a satisfacer sus necesida-

des presentes, a cumplir sus deberes del momento, a aprender lo que ha de permitirle manejarse en medio de las cosas y de la naturaleza, a ampliar sus poderes y a ajustarse al grupo social.

La Escuela debe tener más confianza en el niño; créese que sólo por la autoridad coercitiva puede llegar a estudiar; y, sin embargo, aguijoneado por el estímulo del interés, crecen sus propios deseos de trabajar y aprender: él mismo se busca las fuentes de información. La Escuela necesita despertar ese interés como requisito previo de su obra didáctica.

Para ello, la Escuela, con sus talleres, sus laboratorios para investigaciones de los niños (y no únicamente del Profesor), su jardín, su biblioteca, su museo, sus visitas a la fábrica, al comercio, instituciones sociales, al campo, debe ofrecer incentivos a la curiosidad y al trabajo, y seleccionar con discreción *los problemas típicos* (no todos, sino unos pocos) que den la experiencia de la vida, adecuada a la edad de los niños, y que sustituirán, con ocupaciones activas, la rancia metodología de la pasividad y de la simple memorización.

La Moral.—En la Escuela artificial en que reina la enseñanza libresca y se sofoca la libertad, ya la docilidad y la obediencia se convierten en objetivo supremo; la educación moral es aspiración casi utópica, porque no bastan los discursos, ni los textos, ni la coerción para suministrarla; pero cuando la Escuela esté organizada de modo que sea una prolongación del hogar, de la vecindad, del campo de juegos; cuando haya en ella trabajos y pensamientos comunes (no individuales o aislados), entonces la formación moral del carácter se hará fácil y espontánea, surgiendo de las mismas situaciones y relaciones sociales que, de modo natural, se presentarán a los niños. Adquirirán, con el contralor de sus músculos, hábitos mentales saludables, la práctica de la cooperación y de la ayuda mutua, y de los ideales inspirados en el progreso que observarán diariamente a su alrededor.

La materia de la educación, desde el punto de vista de la unidad.—En los programas de estudios aparece una serie de ramos desligados entre sí: historia, ciencias, literatura... Relacionarlos ha sido problema que ha absorbido la meditación de los pedagogos, sin dar con su solu-

ción, y no parece probable dar con ella mientras se impartan los conocimientos divididos en los múltiples casilleros de asignaturas separadas.

En cambio, si se piensa en una educación que tome como base la vida social del niño, la concentración o correlación aparecen sin mayor esfuerzo; permítasele que continúe en la Escuela las ocupaciones a que se entrega fuera de ellas, y se podrá, por una parte, perfeccionar los métodos de trabajo, y por otra se mostrarán sus diversos aspectos históricos, geográfico, matemático, literario... *Las ocupaciones son los centros articuladores de la Escuela.* Véase un ejemplo: Una Escuela pública de Indianópolis que ha deseado prevenir que la enseñanza se canalicé en la rutina de ejercicios mecánicos o de simple preparación para el examen, basó el trabajo de un quinto año alrededor de la construcción de una casa..., que podía colocarse encima de una mesa. Esto ofreció oportunidades para hacer un plano a escala, resolver problemas de aritmética, ejercitarse en trabajos manuales, escribir composiciones, corregir faltas gramaticales, practicar lecciones de arte, pues los niños estaban ansiosos de embellecer la casa, suponer que se trataba de una habitación campestre con sus terrenos de cultivo, e idear problemas y dramatizaciones sobre la vida agrícola.

No hay actividad que no pueda considerarse por sus diversos aspectos científico, literario, geográfico, histórico, artístico, económico..., alcanzándose así la tan buscada correlación de los estudios.

Dewey insiste, a propósito de la introducción de los trabajos constructivos de los alumnos, en algunas observaciones que deben recordarse; la actividad motora, el uso de los músculos y sentidos son esenciales en la educación, y deben, por cierto, ir unidos al razonamiento; estas ocupaciones deben reproducir el nacimiento de las industrias (viviendas, hilados, alumbrado...), que han fecundado el desarrollo de la civilización, lo que permitirá al niño apreciar el valor de la herencia social de que dispone; los trabajos manuales y artes domésticas valen, no sólo por su importancia utilitaria, sino porque constituyen, como métodos de vida que son, el engranaje de la Escuela con su activo medio circundante; y, finalmente, es a través de la reconstrucción práctica de la historia de la indus-

tria, iniciada desde el primer año de la Escuela, cómo puede llegarse más tarde al tratamiento formal de los diversos ramos del plan de estudios.

El método.—El mejor método es el que respeta la naturaleza del niño, favoreciendo la expansión de sus intereses y capacidades. Quien muestra interés por algo, es porque tiene algún poder correlativo. Descubrir esos intereses es un problema vital del Profesor y de la Escuela.

En general, posee el niño cuatro impulsos: el instinto social o de conversación o comunicación, el constructivo de hacer las cosas, el de investigación y el artístico. Forman ellos su capital, que la educación debe acreditar y no despediciar o anular faltamente. El niño no es pasivo para que vaya a la Escuela a recibir lecciones; es ante todo activo y debe actuar.

La Escuela tiene el deber de ponerlo en relación con el mundo que él puede conocer y procurarle los medios de adiestramiento de la observación, de la iniciativa, de la ingeniosidad (totalmente proscritas de la Escuela tradicional), de la imaginación constructora, del pensamiento lógico y del sentido de la realidad, adquirido en el contacto de primera mano con las cosas reales. En la Escuela nueva, el descubrimiento, o mejor el redescubrimiento, la enseñanza por la acción, la aplicación y utilización inmediata de lo que se aprende, las situaciones reales y del momento, la habilidad para aprovechar los libros y no su memorización, son elementos indispensables en la eficiencia de la educación.

Las emociones.—La educación del sentimiento quedará asegurada si se comunican al niño hábitos correctos de acción y de pensamiento, teniendo siempre a la vista lo bueno, lo verdadero y lo bello. El sentimiento derivado de las acciones o pensamientos ajustados a la norma anterior, se mantendrá dentro de sus debidos límites, y no podrá degenerar en sentimentalismo, que sólo nace de su divorcio con la acción que lucha en la investigación de los fenómenos naturales y económicos, en la producción manual y artística.

El Profesor.—El Profesor debe ser un observador inteligente, capaz de conocer las características psicológicas del niño para ayudarle con estimulante simpatía en la formación de su personalidad; de-

be considerar su clase, no como un conjunto amorfo e indistinto, sino como un agregado de individualidades con rasgos propios, cuya evaluación es necesaria para desarrollar el proceso educativo.

En la adquisición de conocimientos, debe cuidar de que *haya siempre un motivo*, ya provocado por él o nacido de la curiosidad espontánea de los niños, que justifique el estudio, o la investigación, o la labor del taller.

Y es de inapreciable valor que, sin sentirse obligados a traspasar su erudición a sus discípulos, se limite a guiarlos en sus trabajos, fomentando el desarrollo de la autodirección, alentadora de las personalidades vigorosas, independientes, llenas de confianza en sí mismas.

El Profesor tampoco debe desconocer su papel social dentro de la Escuela: no está en ella para transmitir de generación en generación un saber estéril, lujo en el mayor de los casos para eruditas y ostentosas conversaciones, sino para servir los intereses sociales, ligando la Escuela con las palpitaciones de su país,

dándole el sello de un organismo social que barre las tendencias egoístas que surgen con la tradicional disciplina escolar, e implanta, en cambio, la cooperación y la ayuda mutua derivadas del hecho del trabajo asociado de los alumnos; manteniendo alerta la conciencia de que la vida debe desenvolverse en plena participación de los esfuerzos para la constitución del orden y la justicia sociales.

En conclusión, desde hace veinte años John Dewey ha encaminado su obra de pedagogo y filósofo a *psicologizar y socializar* la educación; y que su influencia ha penetrado en el sistema escolar americano, lo prueban las Escuelas cada vez más numerosas que se unen al movimiento de transformar la enseñanza en un estudio ampliamente realista, de dar al niño lo que su naturaleza pide: libertad, juegos, ocupaciones, narraciones que halaguen su fantasía, y de prepararlo como ciudadano de una democracia capaz de grandes esfuerzos personales y de la más resuelta cooperación al progreso social.

A TRAVES DE EUROPA

GRUPO DE INSPECTORES

Ginebra.—He aquí un resumen de la labor colectiva realizada en la primera semana de trabajo:

Lunes.—Visita al Instituto J. J. Rousseau. El Director, M. Bovet, dió una conferencia sobre el pensamiento y la organización del Instituto.

Conferencia de M. Claparède en la Universidad. Forma parte de un curso que hace este psicólogo sobre «Psicología experimental».

Conferencia de M. Piaget en el laboratorio de psicología. Forma parte de un curso sobre «La inteligencia del niño».

Conferencia de Mlle. Audemars en el Instituto Rousseau. Hace un curso sobre «La maison des petits».

Recepción en el Instituto Rousseau.

Martes.—Conferencia de M. Claparède en la Universidad. Continuación de la anterior.

Clase de M. Bovet, en el Instituto, de Técnica psicológica.

Conferencia de M. Rosier, ex Director general de enseñanza primaria, sobre «Libros de texto de Geografía».

Miércoles.—Escuela de párvulos aneja al Instituto, titulada «La maison des petits».

Escuela primaria de la calle Hugo J. Senger.

Escuela primaria del Boulevard Carl Vogt.

Conferencia de M. Malche, Director de la enseñanza primaria, en la Universidad, sobre «La adolescencia».

Jueves.—Clase de Mlle. Descoeudres. Hace un curso sobre «Psicología y pedagogía de los niños anormales».

Examen y diagnóstico de anormales, por Mlle. Descoeudres.

Visita de monumentos y Museos.

Viernes.—Escuela Superior rural del Municipio de Bernex.

Escuela de párvulos de ídem.

Escuela primaria de ídem.

Escuela de párvulos de la calle de la Magdalena, en Ginebra.

Sábado.—Sección de niños anormales, que tiene a su cargo Mlle. Descoeurdes.

Oficina de investigaciones pedagógicas del Departamento de Instrucción pública.

Instituto de gimnasia rítmica de Jacques Daleroce.

Domingo.—Visita a Lausanne y a Friburgo.

M. Ed. Claparède.

Hay unas largas avenidas. El viejo otoño ha dejado en estos árboles enhiestos su impalpable tristeza. No hay hojas en las ramas... ¿No halláis en los árboles desnudos y tristes como el recuerdo de esas gentes que viven sin alas y no saben amar?... En el fondo de las avenidas, semiborrada en la espesura, álzase la casa del psicólogo Maestro.

—¿Monsieur Claparède?

Espero. Voy buceando en esta sala amplia y lujosa. Cuadros, retratos, vitrinas. Se presiente la mano femenina, la mano blanca que sabe hacer arte de todo.

Ha entrado Claparède. Me alarga su mano fría, casi helada. Montaigne tenía también siempre sus manos arrecidas. Nos sentamos. Yo le digo mi deseo. Quisiera que me dijera algún pensamiento suyo para enviarle a España. Mientras hablo, los ojos pardos y luminosos de Claparède me miran fijamente. Ya acariciándose la barba, una barba fina, un poco en punta.

—Yo creo que no puedo decir nada interesante—me dice.

Claparède quiere inhibirse. Inhibirse no por desdén, sino por temperamento, por hábito. La característica de Claparède es ésta: la timidez. Da impresión de seriedad, de frío. Y, en cambio, cuando está entre gentes que conoce, el pájaro niño que lleva dentro se desborda en alegría y en ternura blandamente femeninas.

—¿Le interesa a usted España?—pregunto.

—La amo tanto que he ido ya dos años seguidos. Pienso volver el próximo. No conozco Madrid, y Madrid me sugiere.

—El nombre de Claparède—le digo—es en España conocidísimo. Representa el de un hombre-cumbre.

—¡Oh, entonces no voy!

Lo ha dicho ingenuamente, con temor de niño. Y hablando, hablando, se ha metido él mismo en sus temas favoritos.

—El Instituto Rousseau es la cristalización de mi pensamiento: el de atraer a los educadores al campo de la psicología.

La psicología del niño como centro de todos los estudios... Apenas abierto el Instituto, nos sorprendió la gran guerra. La vida del Centro, entonces, perdió su intensidad. Pero ha vuelto otra vez a florecer. Hay alumnos de todos los países... Debo decir que España ha enviado alumnos desde el primer momento.

—...

—Cada vez va ampliándose el pensamiento. Fundamos la «Maison des petits» con este ideal, el aplicar las ideas de libertad a la educación... Claro que los padres no están preparados. Son muchos los que se lamentan de que en la «Maison des petits» tienen sus hijos demasiada libertad...

Nosotros, al evocarnos Claparède la «Maison des petits», pensamos en aquella casa de alegría. Jamás hemos visto un régimen tan amplio. Los niños que hay allí, de tres a nueve años, viven su vida infantil—movimiento y alegría—. ¿Debe dejarse a los niños la plena libertad? ¿Debe constreñírselos, debe someterse su exuberancia, su dinámica a leyes, porque eso es lo que les aguarda de adultos? Que cada cual lo medite... La «Maison des petits» es un templo de libertad y de alegría.

—...

—Otras extensiones, otras derivaciones del Instituto son la consulta médico-pedagógica para el diagnóstico y tratamiento de niños normales y anormales, las publicaciones de la Biblioteca de actualidades pedagógicas y el curso de conferencias que se da en la Universidad y en mi laboratorio de psicología...

—¿Se prepara algo para la Biblioteca de actualidades pedagógicas?

—Acaba de salir el libro interesante de Mlle. Descoeurdes «Le développement de l'enfant de deux a sept ans», y muy pronto verán la luz «La maison des petits», por Mlle. Audemars, «La Psychanalyse», por M. Baudouin y «Las ideas pedagógicas de Rabindanath Tagore», por monsieur Bovet.

Va hablándonos Claparède casi sin pensar que le escuchamos. Evoca aquellos días lejanos en que por querer él desde su cátedra de la Universidad derivar de la Psicología principios científicos aplicables a la Pedagogía, el profesor de esta disciplina se quejó al Claustro en son de denuncia...

Y el alma múltiple y grande de Claparède, que no cabía en el aula, soñó

con ir más allá. La silla de una cátedra, aunque sea tan augusta y tan libre como las de esta Universidad, es poco para el que quiere extravasarse, para el que lleva dentro incendios de apóstol... Claparède creó su laboratorio y después el Instituto. Y en ambas cosas y en su cátedra de la Universidad va dejando a trozos lo mejor de su alma.

—¿Quiere usted decirme el plan de estudios del Instituto?

—No tenemos un plan único. Allí se atiende a la preocupación y al interés de cada alumno, dentro, claro es, de estas direcciones:

1.^a Formación de directores de Escuela, inspectores, etc.

2.^a Formación de Maestros de párvulos, sirviendo de modelo la «Maison des petits».

3.^a Idem de personal para la educación de anormales.

4.^a Idem de los que quieran dedicarse al aspecto social de la pedagogía: orfanatos, «crèches», colonias de vacaciones, patronatos, tribunales de niños, etc.

5.^a Idem de personal para el estudio de las aptitudes del niño, de orientación profesional.

—¿Recibe el Instituto alguna subvención?

—A partir de este año, sí. La da el Estado.

No me atrevo a interrogarle más. Y callo por eso. Aunque el gran psicólogo se muestra conmigo cariñoso y abierto.

He saludado a Madame Claparède, la dama inteligente que lleva también a aquel hogar fama y prestigio. Mad. Claparède trabaja intensamente en el estudio de la política internacional y en la organización de asociaciones pacifistas.

Salgo de la casa. Estoy en este bosque inmenso, que es todo él del gran Maestro. Con la señorita Rodrigo—su discípula predilecta—y con Pozo, mi amigo entrañable, voy por las avenidas comentando la devoción de este hombre admirable por las cuestiones psicológicas.

LILLO RODELGO.

GRUPO DE MAESTROS

Día 18.—Por la mañana, Escuela primaria de la calle Buffon, 11.

Por la tarde, Museo del Louvre.

Día 19.—Excursión a Versalles.

Día 20, domingo.—Por la mañana y tarde, Museo del Louvre.

Día 21.—Por la mañana, Escuela primaria de la calle Manin, 40.

Por la tarde, Jardín de Plantas, Museo de Antropología e Historia natural.

Día 22.—Mañana y tarde, visita a la Escuela primaria de la calle Etienne-Marcel, 20.

Una Escuela maternal tipo Montessori.

Acompañados de la inspectora de Escuelas maternales, señorita Barbot, hemos visitado la Escuela maternal de la calle Travesière, 41, de tipo Montessori, pero modificada con arreglo a los principios de la pedagogía francesa.

Tal vez sea Francia donde con más calor se han discutido los métodos de la doctora italiana. Y del entusiasmo se han formado tres grupos de Maestros: los que rechazan absolutamente las teorías montessorianas, los que las aceptan totalmente (ortodoxos) y los que recogen lo bueno adaptándolo a la psicología francesa (heterodoxos). Este grupo es el más numeroso.

La nota artística del decorado es admirable. Cuadros de la Naturaleza con escenas infantiles, y hermosas acuarelas para despertar el sentimiento de lo bello y de la patria, constituyen el ornato del «préau» y de las clases, que reciben a raudales la luz y la música de los pajarillos que juegan entre las ramas de los árboles y plantas trepadoras.

Si alegre es el edificio, más intensa es la alegría que reina en las clases, donde, en un régimen de completa libertad, los niños se educan jugando constantemente.

La directora, satisfecha de su labor, nos recibe con afecto y nos explica el método que siguen y la organización de la cantina y baños.

Letras de lija, cajitas y listones para el cálculo, moldes para el dibujo, apreciación de formas, superficies, líneas, contornos y pesos; cajas para la distribución de colores, tonalidades y matices; mesitas de tablero horizontal, con asientos móviles; todo el material alegre y sencillo, con el que juegan los parvulillos y que ha sido construido por los mutilados de la guerra en su Escuela de reeducación.

Para la enseñanza de la lectura se ha huído, naturalmente, de cartillas y cartones. Según el método de la señorita Bardot, que en toda su integridad se sigue en la Escuela, por las lecciones de cosas los parvulillos van enriqueciendo su

vocabulario, y por ejercicios de observación y de los sentidos se da el nombre preciso de la palabra. Conocida ésta, y con el objeto siempre delante, se dibuja, se hace el estudio mecánico de los signos que representan los sonidos (letras, sílabas y palabras escritas), y se trazan los signos, primeramente separados, y después, unidos. Más tarde, se hace la composición de la lectura y de la escritura, auxiliándose del dibujo, de los trabajos manuales y de las historietas que animan el espíritu de curiosidad.

Siguen después diferentes ejercicios interesantísimos estudiando nombres, adjetivos y verbos; se corrigen defectos de pronunciación, se inventa, se acude a la nemotecnica para ayudar a la memoria; se escribe, se dibuja y se juega. Toda una vida activa que entusiasma a los chiquitines. Como el método de la señorita Bardot tiene una gran importancia científica, prometemos escribir varios artículos ampliando estas notas escritas con la rapidez que permite nuestro viaje.

Sentimos que termine tan pronto la visita, y marchamos en busca de otra Escuela y de muchas, para ir aprendiendo de estos compañeros tan cumplidores del deber y tan satisfechos de enseñarnos los adelantos de sus Escuelas.

Un automóvil-biblioteca.

La guerra ha destruído muchísimas Escuelas. En las regiones devastadas faltan edificios y libros. Poco a poco, porque el mal es grande, se van proporcionando unos y otros a los pueblos.

Allí donde falta un edificio-escuela, si no puede construirse de nuevo, se utiliza un barracón de madera, que a veces son dos o tres vagones unidos.

Para proporcionar libros de lectura el Gobierno ha votado miles de francos, y con frecuencia es la iniciativa privada la que presta el remedio acudiendo a la generosidad de las almas buenas.

Ayer domingo, recorriendo las interminables calles del barrio de Montparnasse, vimos una curiosa novedad, regalo de América a las aldeas francesas destruídas por la guerra. Se trata de un automóvil-biblioteca que irá cargado de libros de pueblo en pueblo para prestarlos a los niños, quienes podrán tener el préstamo hasta el regreso de esta verdadera biblioteca circuiante.

Al cargo de la biblioteca va una Maestra. Al llegar a un pueblo colocará los

libros sobre una mesa plegable, y los niños elegirán a su gusto el libro que desean.

Los organizadores de esta obra tienen gran esperanza de los buenos resultados que ha de proporcionar a la cultura popular.

En España, más que en otras partes, son necesarios estos automóviles-bibliotecas. En el anterior presupuesto se aprobó la cantidad de medio millón de pesetas para combatir el analfabetismo, y pudiera haberse realizado esta labor, entre otras. Mas vino al ministerio de Instrucción pública el Sr. Espada, y, según confesó en la «Gaceta», por falta de tiempo para organizar la campaña pro-cultura, suprimió la partida.

¿Para qué comentar?

SIDONIO PINTADO.

París, 22 noviembre 1921.

Diario de una excursión de Maestros a Francia y Bélgica

DESDE BURDEOS A PARIS

9 noviembre 1921.

Se sale de Burdeos a las ocho cincuenta de la mañana. Se llega a París a las seis y media de la tarde. Libourne, Poitiers, Angouleme, Tours, París. Se va de coche en coche, siempre ávidos del paisaje. Se mira y se pregunta sin cesar. A la hora y media de la salida de Burdeos estamos ya en Libourne. Libourne, la segunda población del departamento, con hermoso puente de piedra sobre el Dordoña. Llanuras inmensas y cultivos diversos; hortalizas, plantas forrajeras, arboledas frondosas y extensos viñedos absorben la atención del viajero. Nos encontramos en la rica Gironde, la región famosa y de universal renombre por el esmerado cultivo de sus viñas y sus ricos caldos. Unos kilómetros más, y llegada a Poitiers. Se habla de la histórica ciudad y de Carlos Martel.

Cambia el paisaje. Apenas se divisan viñedos, que han cedido su puesto a los prados artificiales y terrenos de cultivo. A las quintas de recreo suceden las casas de labor y granjas agrícolas. Desfila ante nuestros ojos Angulema la bella, la pintoresca, edificada en parte sobre un túnel

que rápidamente atravesamos. Cruzamos las Landas. Allá, a lo lejos, divisamos grandes manadas de ganado caballar y vacuno pasciendo tranquilamente en extensas praderas. Se piensa en lo que sería la vida de esta comarca convertida en sombríos eriales hace apenas quince lustros. Se recuerda con simpatía las plantaciones de árboles de Napoleón, y se habla de las costumbres de los pastores de las Landas. A las seis veinticinco llegamos a París. Nadie piensa en descansar. Atraviesa la calle. Se recorren las principales cuya contemplación a todos obsiona. Nos acostamos con el pensamiento fijo en el París de nuestros ensueños.

¡Estamos en París, vivimos en París, y nos parece un sueño nuestro *realísimo* viaje a la *Ville lumière*, al cerebro de Europa! ¡Qué grande es París!

JOSE XANDRI PICH

Crónica General

De Marruecos; partes oficiales

«Según comunica comandante general de Melilla, en dicho territorio no ha ocurrido novedad en el día de hoy. También participa el general encargado del despacho en Tetuán que en aquel territorio, lo mismo que en los de Ceuta y Larache, ha transcurrido el día sin novedad.»

En la posición de Tahuima se ha presentado el cabo del regimiento de Infantería de Melilla, número 59, José Tomás Olivares.»

Las Cortes

Senado: El marqués de Valero de Parma interviene en el debate sobre Marruecos y contestando a algunos de los puntos expuestos en su discurso por el Sr. Cavestany, estudia la psicología del actual Gobierno y elogia al Sr. Maura por la forma en que repartió las carteras, dando cada ministerio a quien no tenía relación ninguna con los departamentos que ocupan; pregunta al general Primo de Rivera si cuando pronunciaba su último discurso estaba animado del espíritu de los exploradores españoles del siglo XVI. Habla de los fines bastardos que persiguen algunos malos españoles interesados en que perdure la acción civil para continuar disfrutando de sus beneficios. La desorganización administrativa civil, con relación a Marruecos, es una de las causas de la catástrofe. Hay un Negociado dedicado solamente a la administración de 500 hectáreas de terreno.

Segue el orador tratando del problema de Marruecos, del que descarta la cuestión mili-

tar para hablar del porvenir de España en Marruecos desde el punto de vista industrial y agrícola, en medio de la distracción mayor de los abuelos de la patria.

El marqués de Estellá:

Se extrañaba el marqués de Valero de Parma que poseyendo la cruz de San Fernando y recordando lo que hicieron nuestros exploradores del siglo XVI, hubiera yo pronunciado las palabras que pronuncié en la sesión pasada. Yo, para aquellos héroes, tengo el homenaje de admiración que debe sentir todo buen patriota; pero vivimos en el siglo XX, y yo he de declarar que no soy ni puedo ser en mi época un imperialista. Estando el país amenazado, peligrando el honor nacional, la actitud bélica debe ser la que se adopte.

Hice constar que ahora había que esperar a que terminase la lucha, pues lo que hay que salvar, ante todo, es el honor de las armas, y en este sentido yo aceptaba el proceder del Gobierno, y seguiré sometiéndome a los venideros, que por algo los nombra el Rey y los sostiene el Parlamento.

Lo ocurrido después ha sido un arañazo que he recibido; arañazo que creo se me ha producido en nombre de la patria. Yo dije lo que pensaba, y ahora sigo pensando lo mismo.

El ministro de la Guerra: Hasta ahora el Gobierno y el capitán general de Madrid habíamos venido coincidiendo en el mismo levantado espíritu. Pero habiendo creído oportuno el señor marqués de Estella explicar cierta actitud, y respetando su criterio como ciudadano y su independencia como senador, me vi obligado como ministro a adoptar la resolución ya conocida, por entender que todos los funcionarios deben estar identificados con la política del Gobierno.

Otros asuntos

El conde del Valle de Suchil se lamenta de las anomalías que se observan en el suministro de fluido eléctrico, tanto el aplicado a la tracción como el que se aplica a la industria y al alumbrado público y privado.

El ministro de Fomento explica las razones que dan las Compañías suministradoras, que se fundan en faltas de estiaje, en desperfectos en los saltos de agua y en escasez de maquinaria.

El Sr. Polanco trata de la cuestión del trigo y censura la Real orden del Sr. Cambó respecto a la importación del mismo, y defiende a los agricultores, los cuales no quieren que sobrevenga la subida del pan. Se ocupa de la anomalía de los servicios ferroviarios y dice que la causa principal de dicha anomalía estriba en la jornada de ocho horas.

El ministro de Fomento dice que el Gobierno ha procurado normalizar los servicios ferroviarios, y en este sentido se adoptarán cuantas medidas estimen oportunas.